

comprenderlo. Además del valor y del talento, necesitábase la persona de aquél cuyo nombre, admirablemente simbólico, significaba su destino.

Hoy, en el pleno progreso científico, debido al descubridor del Nuevo Mundo, no nos es fácil formarnos una idea exacta de las muchísimas dificultades de su empresa; pero si por un esfuerzo de la voluntad, aboliendo las nociones adquiridas y los resultados infinitos del descubrimiento, nos trasladamos á la época en que se realizó, veremos cuantos obstáculos le oponían las preocupaciones de los contemporáneos. En el mismo fondo de dicha época reconoceremos una insuficiencia no ménos grande que lo desconocido con sus terrores. Toparemos con las vacilaciones de la ciencia. Veremos las sombras de la incertidumbre, envolviendo la imaginación, intimidar la audacia de la curiosidad humana. Nos sentiremos sacudidos por el vaiven de la duda, sumergidos en el abismo de la ignorancia que entónces dominaba.

Ignorancia ya absoluta, ya relativa,—ignorancia de las leyes fundamentales del globo,—ignorancia de su forma,—ignorancia de su extensión,—ignorancia del equilibrio terrestre,—ignorancia del número y configuración de los continentes,—ignorancia de las proporciones de la masa líquida con la sólida de nuestro planeta,—ignorancia de su traslación en el espacio,—ignorancia de la grandeza, de los movimientos y de la densidad de los cuerpos de nuestro sistema solar,—ignorancia del cielo austral,—ignorancia del ecuador,—ignorancia del polo antártico.—ignorancia de los antípodas,—ignorancia de las líneas isotermas,—ignorancia de los ríos pelágicos,—ignorancia de los vientos alisios,—ignorancia de la gran corriente ecuatorial y de sus influencias,—ignorancia del movimiento general de los mares,—ignorancia de la intensidad de las fuerzas atmosféricas,—ignorancia de la hidrografía,—ignorancia de la geodésia,—ignorancia de la física,—ignorancia de la química,—ignorancia de la mineralogía,—ignorancia del magnetismo terrestre,—ignorancia de los grandes agentes de la Naturaleza,—ignorancia de las magnificencias equinocciales,—ignorancia de las riquezas metalúrgicas, de las producciones vegetales, de los recursos nutritivos y medicinales de la otra mitad de la tierra,—ignorancia de los tipos tan diversos de la posteridad de Adán,—ignorancia de la mayor parte de las bellezas de la creación,—en una palabra,—ignorancia del aspecto general de este Mundo.

Ténganse en cuenta todas esas ignorancias, y por consiguiente, el vacío inmenso que queda abierto en el dominio intelectual, y júzguese si el Progreso lo habría llenado en treientos años, cuando todos los siglos precedentes no habían podido procurar á los contemporáneos de Colon, las riquezas que les valió la sola conquista del viérnes, 12 de octubre de 1492, en que se verificó el descubrimiento. ¿Ese paso gigantesco dado en la civilización fué por ventura la obra necesaria é inevitable del Progreso? ¿Fué acaso su marcha ascensional que, de repente, en

un arranque prodigioso, ensanchó la inteligencia, creó nuevos horizontes y sembró en el ánimo de las naciones cristianas la actividad de la cual somos nosotros testigos? Por la lentitud de las modificaciones que el curso de los años había verificado hasta entónces en la humanidad, no se alcanza cómo, sin Cristóbal Colon, habría tomado repentinamente la evolución del Progreso esa marcha acelerada, que, en ménos de siglo y medio, ensanchó nuestras relaciones hasta las últimas regiones de la Tierra.

En vano se pediría á la filosofía que explicara este fenómeno moral, único seguramente en los tiempos históricos. Sólo enumerando todas las ventajas de que estaba privado el mundo ántes del descubrimiento, puede llegar á formarse una idea ménos inexacta de la grandeza de este acontecimiento y del hombre que lo realizó. Para apreciar la importancia del uno y la misión del otro, conviene volver la vista á los días en que el proyecto excitaba las burlas de la multitud, y el desprecio de los sabios. El Revelador del Globo hubo de dominar los yerros de la ciencia y doblegarlos bajo su fé; tuvo que ser el vencedor del empirismo, ántes de serlo del *mar tenebroso*.

Cristóbal Colon fué el instrumento de la más brillante manifestación de la acción providencial en el gobierno del mundo. El descubrimiento no fué obra ni de la casualidad, ni de la ciencia, sino únicamente de Dios. Puede llamársele un acto de la administración celestial.

Sin ninguna suspensión de las leyes de nuestro planeta, y sin que brille ninguna señal en los aires, se suceden afortunadas coincidencias en la tierra y en el mar de una manera tan maravillosa, que el milagro de los hechos reemplaza al hecho del milagro.

La operación más vasta del talento humano realizóla un hombre bastante instruido para concebirla, bastante enérgico para emprenderla, pero que no obstante no habría podido triunfar de obstáculos absolutamente insuperables, sin una asistencia sobrenatural. Sólo poseía lo más indispensable, los primeros rudimentos del saber humano. El cielo le otorgó lo demás. Y quizás convenía que el Revelador del globo no fuera un cosmógrafo, un sabio distinguido, á fin de que en su orgullo no pudiera la ciencia atribuirse este descubrimiento.

La escuela racionalista no ve en este acontecimiento más que el fruto de una meditación profunda, favorecida por la experiencia náutica, unida á una gran firmeza de carácter; pero todos los antiguos historiadores de España han reconocido en él la intervención de un poder superior á la humanidad.

§ III.

No resumiremos aquí la vida de Cristóbal Colon. En otro libro hemos aclarado suficientemente su predestinación, su vocación extraordinaria, su noviciado, su prueba y su triple misión.

Para elogio de sus virtudes heroicas, no podemos hacer más que copiar aquí las palabras de una eminente Revista al ocuparse de un trabajo nuestro. «Quien lea, aunque lo haga superficialmente, el relato de la información acerca del heroísmo cristiano de Colon, si tiene una chispa de fe, deberá quedar admirado ante tanta virtud, y decir para sí: Cristóbal Colon fué un gran hombre de Dios, un santo! (1)»

En vano buscan los racionalistas en el navegante genoves la personificación de su época y del progreso que necesariamente traía consigo. Colon ha desmentido de antemano esa mezquina interpretación de su ministerio. La grandeza de su proyecto estaba en exacta relación con el santo deseo que lo inspiró. Continuó siendo fuerte contra el mundo, porque ni las curiosidades de la inteligencia, ni ambiciones terrenas, le excitaban a descubrir. Como su empresa era para él más que otra cosa un acto religioso, su descubrimiento fué la recompensa de su fe. No se había consagrado a la ciencia, sino al Señor que le llamó luego que hubo llegado a la edad propia para sus designios.

Colon presentía tan claramente la importancia de su misión, y comprendía tanto el favor que le dispensaba Dios, que tenía por muy obligados para consigo mismo a los capitanes llamados a la HONRA de acompañarle en semejante empresa, y lo consignaba en su diario (2).

Desde el seno del Atlántico confirmaba el mismo objeto de su expedición, y lo recordaba a los reyes.

Después de su segundo viaje lo consigna en iguales términos, en la primera línea de la institución de su Mayorazgo.

Al regresar, destituido y cargado de cadenas, a España, lo recuerda también en una carta destinada a los grandes del Reino.

Finalmente, en su último codicilo lo declara también, y finalmente todos los

(1) *La Civiltà Cattolica*, núm. del 18 setiembre 1875.

(2) «No mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado.»—*Diario de Colon*, martes 8 enero 1493.

antiguos historiadores españoles han visto, en el privilegio concedido a su nación, una recompensa de la piedad española.

El que quiera disipar hasta la menor duda acerca del carácter exclusivamente religioso de la empresa de Colon, no tiene que hacer más que leer la carta que, en las aguas de Canarias, escribió en medio de la tempestad al gran tesorero Rafael Sánchez, anunciándole su descubrimiento «—...No se debe a mi mérito esa grande y vasta empresa, sino a la santa fe católica a la piedad y religión de nuestros monarcas. Porque el Señor ha concedido a los hombres lo que la inteligencia humana no podía ni concebir ni lograr... En su consecuencia, que el Rey, la Reina, los príncipes y sus muy dichosos reinos de acuerdo con la cristiandad, den gracias a Nuestro Señor Jesucristo que nos concedió tan gran victoria y tan grandes resultados; háganse procesiones, celébrense fiestas solemnes, adórnense los templos con ramos y flores... (1).»

Si durante toda su vida declara Colon no haber sido más que el instrumento de una voluntad superior, ¿cómo se atreven los racionalistas a sostener que el descubrimiento fué la conquista de la ciencia? ¿No tenemos nosotros el derecho de afirmar lo contrario?

Nosotros sostenemos ante la filosofía incrédula y los calumniadores genoveses, que el descubrimiento del Nuevo Mundo fué fruto de la acción directa del cristianismo y la recompensa de la fe católica. Esa prodigiosa concepción inspirada por la Providencia, guiada por su misericordia, no ha sido sino la ejecución de los impenetrables designios de la divina sabiduría. Mientras los sabios reunidos en Salamanca trataban de delirios las ideas de Colon, un bibliotecario del Papa mostraba en un mapa-mundi la indicación de una tierra, sin nombre, en los espacios del Atlántico (2).

Lógicamente hablando, el descubrimiento, esa obra vasta e incomprensible, parece que no debió confiarse sino a un hombre de virtud extraordinaria, a un santo.

Colon pertenece con mayor derecho a la Iglesia que a la marina. Vivió más bien como religioso que como seglar. Fué el Legado natural de la Santa Sede en las regiones desconocidas, donde proclamaba la redención. Hombre de la Iglesia, ya que no de Iglesia, enviado por la Iglesia, obtuvo de la Iglesia, y por la Iglesia únicamente los medios de llevar la señal de la redención al Nuevo Mundo.

(1) *Epistola Christofori Colombi* (cui cetis nostra multum debet: de insulis in mare indico nuper inventis, etc.) ad magnificum dom. RAPHAELEM SANXIS, etc., quam nobilis ac litteratus vir ALIANDER DE COSCO, ab Hispano ydeomate in latinum convertit. Romæ, 1493.

(2) Deposition de los testigos en la undécima y duodécima pregunta de la información abierta por el Fiscal.—PLEYTO, *Probanzas del Fiscal*, Pregunta XI y XII.

Colon estaba revestido de una grandeza que le dió el cielo por insignia de su imperecedera mision. Llevaba en su nombre la marca de su principado universal, y diremos de él como la Escritura de Josué: «Fué grande segun el nombre que llevaba.» La poesía y la leyenda coronan su frente, esperando que la circunde solemnemente la aureola de la Santidad que parece serle propia. Debe completar la grandeza de aquél que, segun la expresion de San Agustín hablando de San Ireneo, llamaremos un hombre antiguo de Dios (1).

Si, el Descubridor del Nuevo Mundo fué un grande hombre; pero como fué enviado al despertar de las letras, y cuando asomaba el vuelo de la naciente imprenta, extendiase por el globo la luz de la publicidad, quedó envuelto entre misteriosas nebulosidades del mito, y al mismo tiempo que rodeado del prestigio de los siglos. Su triple grandeza era demasiado elevada, demasiado vasta y demasiado gloriosa para que su verdadero carácter fuera desde luégo comprendido. No podía reconocerse la sublimidad de su papel sino por la de su obra, ni la de su obra sino por la infinidad de sus resultados. Pues bien, trescientos años apénas habian bastado para ello.

Hace ya veinte años que un escritor cuya superioridad de talento vá siempre acompañada de gran agudeza de penetracion, servido fielmente por muy fina originalidad de estilo, M. Barbey d' Aurevilly, fijó en la historia de Colon una mirada de profundidad profética. Desde su aparicion, midió sus consecuencias y vaticinó su destino. El eminente publicista no se limitó á decir que era «un monumento levantado á la gloria de la Iglesia.» Declaró que era «una obra capital de esfuerzos, y HASTA DE RESULTADOS (2).» Efectivamente, siendo por fin conocido Cristobal Colon, debía tarde ó temprano despertarse el sentimiento cristiano, debía la piedad católica pedir la recompensa que conoce ser debida á ese incomparable héroe.

Por conclusion de ese capítulo diremos:

Parécenos lógico que el ángel de las tinieblas se esfuerce contra Colon por medio de mil calumnias; pero que un genoves, un sacerdote, haya consentido en servirla de instrumento, subleva nuestro ánimo y oprime dolorosamente el corazon de toda persona de sentimientos religiosos.

(1) «Antiquum hominem Dei»—S. AUGUST. *Contra Julianum*, cap. 1, 2.

(2) «Le Pays, journal de l' Empire.—12 noviembre 1856.

CAPÍTULO XI.

INFLUENCIA DEL PONTIFICADO DE PIO IX EN LA FAMA DE CRISTÓBAL COLON.—SU NEGACION POR EL CANÓNIGO CALUMNIADOR DEL HÉROE.—SU AFIRMACION POR LOS AMERICANOS Y POR LOS OBISPOS DE TODAS LAS NACIONES.—EFECTOS DE ESA INFLUENCIA EN ITALIA Y PARTICULARMENTE EN GÉNOVA.—OBJETO DE LA OPOSICION HECHA Á LA CAUSA DEL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO.—DEBER QUE TIENEN LOS ITALIANOS DE UNIRSE Á LAS SIMPATÍAS RELIGIOSAS DE FRANCIA.—DERECHO Y DEBER DE FRANCIA RESPECTO DE ESA CAUSA EXCEPCIONAL.

§ I.

Los que no admiten las grandes virtudes de Cristóbal Colon, y prescinden de él para el descubrimiento, niegan que el Papa Pio IX haya ido al Nuevo Mundo. Niegan radicalmente la influencia de ese ilustre Pontífice en la fama de Colon.

El señor canónigo Angel Sanguineti, ridiculiza amargamente á *l' Unitá Cattolica* por haber hablado de las misteriosas relaciones que se dirian unir la resurreccion de la fama de Colon con el pontificado del primer Papa que visitó el Continente; premio de su fé. Nos hace saber que no debe confundirse el Papa Pio IX, con el abate Mastai. Sólamente el abate Mastai puso los piés en el Nuevo Mundo. El Papa no lo vió jamas.—«El abate Mastai, dice, permaneció dos años en Chile, tierra que el último estudiante sabe que jamas la pisó ni conoció el descubridor de la América. Luego, pues, ni los tiempos ni los lugares relacionan las ideas de Colon y Pio IX; y las misteriosas relaciones se evaporan propiamente en el misterio (1).»—Negando tambien la influencia del Pontificado en los destinos religiosos de la América, no quiere que se la llame tierra del porvenir y añade: «El Papa Pio IX, como ya lo hemos dicho, no fué jamas á América; y cuando fué allá el

(1) «Dunque, storicamente parlando né i tempi, né i luoghi ravvicinano le idee di Cristoforo Colombo di Pio IX, e le attinenze svaporano proprio nel mistero.»—SANGUINETI. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, página 16.